

UN MAESTRO ÁRABE

La muerte prematura de Abd al-Rahman Munif el 24 de enero de 2004 no sólo supuso el fin de la carrera de un gran novelista árabe, sino también de una de las figuras más notables de la literatura contemporánea mundial. Es difícil pensar en otro escritor, de cualquier lengua, con una experiencia vital y una empresa literaria de tanto alcance dramático; o cuyos escritos permanezcan bajo una prohibición póstuma en su país natal. Entre las sociedades de Oriente Próximo, el reino saudita ha sido claramente la retaguardia de toda cultura moderna. Pero ésta es la sociedad que iba a producir, aunque fuera de manera directa e involuntaria, a uno de los escritores más avanzados e incendiarios del mundo árabe, políticamente activo como militante o técnico en cinco países, autor de quince novelas –incluido el más monumental de todos los relatos modernos en árabe– y otros nueve libros de ensayo o divulgación. Hará falta tiempo para que se registren plenamente la escala y el detalle de este logro. Pero mientras tanto se hace necesario un estudio provisional.

El padre de Munif era un caravanero saudita del Najd que viajó ampliamente por Oriente Próximo, estableciendo viviendas en Siria y Jordania además de Arabia; su madre era bagdadí. Él fue el hijo menor de la familia y nació en Ammán en 1933, unos meses después de que Ibn Saud firmara en Riad la primera concesión a los estadounidenses para buscar petróleo, un acontecimiento al que él vinculó su propio destino. Porque la llegada de los estadounidenses anunció el fin de un mundo en el que mercaderes como su padre podían moverse libremente por las tierras árabes, sin obstáculos fronterizos o políticos. Poco después del nacimiento de Munif, falleció su padre. La familia permaneció en Jordania, donde él fue criado principalmente por la abuela iraquí, mientras sus hermanos mayores se hacían cargo del negocio del padre y sostenían la casa. Munif nos ha dejado una vívida descripción de su niñez en Ammán, donde acudió primero a una *kutab* para el tradicional aprendizaje del Corán, antes de ser admitido en una escuela primaria situada junto al cuartel general de Glubb bajá, el comandante británico que en gran medida dirigió el Estado transjordano en nombre de la dinastía hachemí durante el Mandato¹. Los aconte-

¹ Describe estos años en *Sirat Madina*, Beirut, 1994, su recuerdo parcialmente ficticio de Ammán, del que se ha publicado una versión inglesa con el título de *Story of a City*. A

tecimientos políticos presionaron al niño desde el principio. Entre sus primeros recuerdos se encuentra la muerte de Ghazi, rey de Iraq, en 1939, y las simpatías a favor del Eje –por ser antibritánico– de la mayoría de la población común jordana de Ammán durante la Segunda Guerra Mundial. En la primera adolescencia presencié de cerca la desastrosa guerra árabe-israelí de 1948, y la catástrofe que cayó sobre los palestinos a manos de las fuerzas sionistas con la complicidad de la –entonces ya formalmente independiente– monarquía jordana; unos acontecimientos que lo impresionaron profundamente. En el verano, pasaba las vacaciones con la rama saudita de la familia, en Najd.

En 1952 terminó el bachillerato y se trasladó a Bagdad a estudiar Derecho. En la Universidad de Bagdad encontró un intenso fermento político. El campus estaba lleno de grupos políticos que abarcaban todo el espectro, desde los comunistas hasta los conservadores probritánicos, con muchos matices intermedios, y Munif se convirtió en uno de los primeros miembros del Partido Baath, estableciéndose como uno de sus cuadros más cultos y fiables². Su nacionalidad saudita lo convirtió en figura preciada en un movimiento con ambiciones panárabes, proporcionándole desde el principio una posición ventajosa en su organización original. En 1955 el régimen de Nuri al Saíd firmó con Reino Unido, Turquía, Irán y Pakistán el Pacto de Bagdad, desatando una oleada de protestas en la región, y Munif fue expulsado de Iraq por sus actividades políticas antes de terminar la educación universitaria. Se trasladó entonces a Egipto, y llegó a tiempo para presenciar la nacionalización del Canal de Suez por parte de Nasser y vivir la invasión anglo-francesa-israelí de 1956. Un año después se licenció en Derecho y en 1958 recibió una beca del Partido Baath para estudiar en Yugoslavia, donde investigó sobre la economía del petróleo en la Universidad de Belgrado, obteniendo el doctorado en 1961. El fervor nacionalista árabe estaba en su momento culminante y la nacionalización de la industria petrolífera en Iraq era uno de los principales objetivos en el programa del Baath. El partido estaba preparando cuadros que pudieran dirigir este sector en los años siguientes, y Munif vio claramente que su futuro estaba en este campo.

A su regreso al mundo árabe, trabajó en la oficina central del Partido Baath en Beirut aproximadamente durante un año. Cuando, en la primavera de 1963, el Baath llegó al poder casi simultáneamente en Iraq y Siria, él criti-

Childhood in Amman, Londres, 1996 [ed. cast.: *Memoria de una ciudad*, Madrid, 1996]. Se puede encontrar un relato más extenso en una entrevista recogida en un libro, en la que Munif proporciona también detalles de su controvertida y espinosa relación con el Partido Baath iraquí: Maher JARRAR, *Abd al Rahman Munif wa-l-Iraq* [Abd al Rahman Munif e Iraq], Beirut, 2004.

² En aquel momento las orientaciones políticas e intelectuales de Munif se acercaban más al Partido Comunista, pero se oponía con vehemencia a su aceptación de Israel y a la servil adherencia a la línea de Moscú. Sus fuertes sentimientos nacionalistas y sus opiniones sobre Palestina lo llevaron a rechazar al PC y unirse al Baath, sobre el que ejerció una influencia crítica y radicalizadora.

có la brutalidad del golpe y sus consecuencias en el primero. Esto llevó al gobierno de Salih al Sadi a negarle la entrada en Iraq cuando más la necesitaba, ya que recientemente le habían privado de su nacionalidad saudita por considerarlo una amenaza para el reino³. En el otoño, cuando un contragolpe expulsó al régimen Baath de Iraq, viajó a Siria, donde el partido se mantenía en el poder, y trabajó durante una década en el Ministerio del Petróleo (1964-1973). Pero parece que sus años en Yugoslavia lo habían radicalizado, dotándolo de demasiado humanismo escéptico e intelectualismo inquisitivo para ser un buen miembro del partido y convirtiéndose en una voz gradualmente discordante en sus filas, lo que le hizo dimitir del Baath en 1965. Pero siguió decidido a alcanzar una transformación revolucionaria del mundo árabe. En los años posteriores a la ardiente derrota del mundo árabe en la Guerra de los Seis Días y al aplastamiento de la resistencia palestina por parte de la monarquía jordana en 1970, escribió su primer libro, un estudio bien documentado sobre el futuro de la industria petrolífera. Publicado en Beirut en 1972, diseñaba muchas de las políticas básicas posteriormente implantadas por el Baath iraquí⁴.

El debut literario

Al año siguiente, Munif publicó su primera novela, *Los árboles y el asesinato de Marzuk*⁵. Habiendo llegado a la narrativa tarde, cuando ya casi tenía cuarenta años, podía recurrir a un conocimiento directo de la vida política de varios países árabes, y a una experiencia íntima de ciertos tipos de organización revolucionaria y sus consecuencias. Para entonces, la escena se había oscurecido casi en todas partes. En Siria, el ala antiimperialista radical del liderazgo Baath había sido expulsada cuando Hafez al Asad depuso a Salah Yedid, en un epílogo del septiembre negro jordano, y se instaló un régimen más represivo. Nasser, tras una cruenta persecución de la izquierda egipcia, había expirado mientras abrazaba públicamente al rey Hussein. Tal era el trasfondo inmediato de las primeras obras de ficción de Munif, arquitectónicamente caracterizadas por un llamativo dualismo. *Los árboles y el asesinato de Marzuk* comienza cuando dos extraños se conocen en un tren de un país árabe no mencionado⁶. El primero, Ilias, es un hombre

³ Más tarde viajó con pasaporte argelino, yemení o iraquí.

⁴ El título original en árabe es *Mabda al Musharaka wa Tamin al Bitrol al Arabi* [El principio de asociación y la nacionalización del petróleo árabe], Beirut, 1972. El libro parece haber sido publicado independientemente por el autor o por el partido, porque no tiene un editor reconocible. Su primera parte analiza la historia de la penetración estadounidense en Arabia y el Golfo y el contexto político en el que las empresas petrolíferas se vieron obligadas a aceptar –tras mucha resistencia– el principio de asociación. La segunda parte del libro se dedica a un estudio sobre la historia del sector petrolífero iraquí, y sugiere que para éste sería beneficioso un enfoque mucho más radical, cercano a la nacionalización.

⁵ La terminó en la primavera de 1971, y se publicó en 1973.

⁶ Con la notable excepción de la última, las novelas de Munif raramente mencionan el país en el que están ambientadas, aunque la referencia esté clara. Como dijo en una ocasión: «Si, por ejemplo, analizamos el encarcelamiento político en un territorio como Iraq o Arabia

común que ha perdido su huerto en el juego y a la mujer que amaba al dar a luz, y con ellos todos los rumbos tradicionales y la paz mental. Descendiendo al mundo alienado del trabajo asalariado, como camarero, trabajador de hotel, vendedor callejero, se aferra a la esperanza de que aún le queda la posibilidad de vivir mejor en la siguiente estación de su vida, de que todavía puede encontrar una mujer más cariñosa y unos árboles más hermosos. Su caída representa la destrucción de una comunidad rural y de la forma de vida que había constituido la experiencia de tantos árabes, pero Munif no lo exonera de responsabilidad por sus problemas, ya que las contradicciones del relato de Ilias se multiplican para revelar una inveterada mentalidad de derrota, que disfruta aceptando el destino y culpando a los demás.

El compañero de viaje a quien le cuenta su historia es, por el contrario, un intelectual, que viaja para hacer de intérprete a una expedición arqueológica francesa que busca tablas de arcilla en el desierto de un país vecino. Mansur también es producto de una pérdida, formada por una catástrofe de una escala histórica mayor, la *nakbá* palestina de 1948. Reclutado para luchar en uno de los ejércitos árabes contra Israel, contempló de primera mano el animoso entusiasmo de los jóvenes soldados de la época, y no puede aceptar la forma en que el desastre ha sido absorbido por los regímenes circundantes. «Entiendo que nos derroten una vez, entiendo que nos derroten cien veces, pero lo que no entiendo es que asumamos nuestras derrotas como si fueran victorias.» Como muchos intelectuales árabes, Mansur pasa después varios años en Europa estudiando, antes de volver para enseñar historia en una universidad, algo que desde el principio quiere hacer de forma distinta: «Ciertamente, no la historia de los reyes, los buhoneros o los alcahuetes que tratan de parecer gallos, sino de la gente corriente que pasa desapercibida, cuyo nombre nadie menciona en un libro, o se molesta en inscribir en un trozo de mármol». Esta forma de ver el pasado no le gana el cariño de las autoridades, en especial cuando llama la atención de los alumnos sobre la forma absurda en la que Faisal fue coronado rey de Iraq en 1920. El hecho de que Mansur ponga en duda la legitimidad de los regímenes árabes, que ponga de manifiesto la corrupción generalizada y las mentiras que dominan la vida pública en el mundo árabe, y sobre todo que recuerde la constante incapacidad de los árabes para frenar el proyecto colonial sionista, hacen que su modo de explicar la historia resulte mortal e inadmisibles. Es interrogado y despedido. Después de tres años de desempleo, pobreza, humillación y exceso de bebida, le dan un pasaporte para viajar al exilio, una situación que se convertiría en uno de los temas más recurrentes de Munif⁷.

Saudi, parece que estuviéramos exonerando a otros lugares o como si las cárceles políticas no existieran en esos lugares, en especial cuando sabemos que existen desde el Atlántico al Golfo. Por ello considero que la generalización de este tema es la especificidad suprema» (entrevista concedida a *L'Orient Express* en 1999 bajo el título «Crisis en el mundo árabe», y traducida en *Al Jadid* XLV [2004]).

⁷ «Ser un exiliado significa ser de partida un acusado. No importa la naturaleza de la acusación ni de dónde procede, lo importante es que has adquirido una condición jurídica ambi-

La interacción entre estas dos recuperaciones del pasado, cada una tejida con diversas reminiscencias y repetidas digresiones, da un sesgo crítico a la novela, que analiza la cuestión sensible de la continua derrota árabe desde la perspectiva de quienes la viven. El profesor universitario no es más capaz de gobernar su destino que el agricultor. Típicamente, Mansur no puede reconciliar la vida política y las funciones públicas: incapaz de llevarse con él a la chica belga de la que se enamora en Europa, también se niega a quedarse en Europa por ella, y después no tiene más éxito con una mujer árabe en su país. El fracaso personal y el político se reflejan mutuamente. La conclusión de la novela adopta la forma de noticia en tercera persona redactada por un periodista. Al saber que su amigo Marzuq, una persona de principios, ha sido asesinado por el régimen de su país, Mansur intenta suicidarse ante el espejo, y acaba en un sanatorio mental. Pero lo que les sucede a sus contemporáneos es peor. Como él le cuenta a un antiguo camarada que se ha convertido en uno de los beneficiarios del nuevo régimen: «Confío en que las generaciones anteriores fueran mejores que la nuestra; porque tan pronto como nuestra generación entró en escena, descendió a la corrupción, la trapacería, el nepotismo y la cleptocracia. Es la generación más horrible, pero no lo reconoce». *Los árboles y el asesinato de Marzuk* puede interpretarse como una lección de la historia alternativa por la que Mansur sufre el exilio, y su discurso narrativo debilita cualquier versión oficial del pasado y del presente del mundo árabe desde el tiempo de los mandatos.

Cárcel y ficción

La recepción positiva de la novela animó a Munif a abandonar el aburrido trabajo en el Ministerio del Petróleo de Damasco y trasladarse a Beirut, donde trabajó como periodista. Llegó con otra novela inédita, *Sharq al-Mutawassit* [Al este del Mediterráneo], que Munif mantuvo sin publicar durante tres años. Trata de la tortura y el encarcelamiento políticos, un tema que se convertiría en uno de los más generalizados en la literatura árabe contemporánea, y que ya había producido un cierto *corpus* literario⁸. La novela de Munif, sin embargo, es excepcionalmente convincente

gua cuya explicación da lugar a nuevas y variadas acusaciones. Tú aceptas esta condición ambigua y actúas en consecuencia como embajador de una causa y un pueblo, a pesar de que nadie te ha nombrado ni otorgado competencias [...] Escapaste de la prisión y de las restricciones de tu tierra, pero te conviertes en un huésped no invitado en otra tierra, y esto te convierte en un indeseable, en una cuestión incesante que pide respuesta y en moneda de cambio en un juego político y cultural sobre el que no tienes control alguno.» Abd al Rahman Munif, *Al Katib wa-l-Manfa: Humus wa Afaq al Riwaya al Arabiya* [Escritor y exilio: cuestiones y perspectiva sobre la novela árabe], Beirut, 1992, pp. 85-87.

⁸ En Egipto, Yusuf Idris había publicado *Al Askari al Aswad* [El policía negro] en 1960, y Sun Alá Ibrahim, *Tilka al Raihá* [El olor de eso] en 1966; en Marruecos, Abd al Karim Ghalab había escrito *Sahat Abwab* [Siete puertas] en 1965; en Iraq, el *Al Washm* [Tatuaje] de Abd al Rahman al Rubay se publicó en 1972. Posteriores contribuciones a este género son las de Naguib Mahfouz, *Al Karnak* [Karnak, 1974] y Sun Alá Ibrahim, *Najmat Agustus* [La estrella

y ambiciosa, y aspira a describir el encarcelamiento político supremo en todas sus variaciones, porque nos lleva a siete cárceles políticas y vive en ellas con su protagonista durante cinco años, en los que apenas hay tortura que él no sufra. Un epígrafe de Pablo Neruda habla de la necesidad de no olvidar nunca dicho sufrimiento.

En un país árabe no mencionado, una tiranía corrupta detiene y encarcela a cuantos se oponen a ella, y después tortura a los prisioneros para obligarlos a traicionar a sus camaradas y a repudiar sus creencias firmando un documento de completo sometimiento a las autoridades, con una putrefacta justificación que destruye el respeto por sí mismos y su libertad. La aceptación de dicho documento está representada en la novela como un sinónimo de muerte, y el que se escoja como punto de partida de la narración la carga de un profundo sentimiento de vergüenza y remordimiento. El relato aborda la vida de Rayab Ismaíl, un hombre de procedencia humilde cuya familia invierte el sueño de un mejor futuro mediante su educación, agudizando el sentido que el protagonista tiene de que debe trabajar por el cambio social. Mientras aún se encuentra en la universidad se une a una organización clandestina, y nada más obtener el título es detenido y sentenciado a once años de cárcel. La novela consta de seis capítulos que alternan entre dos relatos en primera persona: uno contado por Rayab mientras lucha por su cordura y su honor, y el otro por su hermana Anisa, junto con la cual anteriormente había pensado escribir una novela.

En la cárcel, Rayab, regularmente visitado y animado por su madre, soporta con tenacidad todas las brutalidades sin renunciar a sus creencias o emitir una palabra que pudiera ayudar a los carceleros a apresar a otros. Pero tras cinco años de resistencia su madre muere, varios de los compañeros en los que confiaba firman el vergonzoso documento, la mujer a la que ama lo abandona y se encuentra afligido por un trastorno reumático que enerva su resolución. Anisa, quien asume el deber de las visitas, debilita aún más su voluntad al contarle gráficamente la vida exterior. Para obtener la liberación, firma el ignominioso documento, y parte hacia Europa para recibir tratamiento, con un visado de salida concedido a cambio de colaborar con las autoridades: la promesa de informar sobre antiguos camaradas residentes en el extranjero. Cuando llega a Francia es prácticamente un hombre acabado. Pero un médico que había luchado en la resistencia le ayuda a recuperar la salud y el sentido de la valía, diciéndole: «Necesitas conservar la ira y contraatacar. Si sucumbes al dolor y al remordimiento, estarás derrotado como hombre y acabado como causa».

Para redimirse, Rayab decide escribir una novela que revele la verdadera extensión de las atrocidades que ocurren en el este del Mediterráneo, y

de Augusto, 1974] en Egipto; Turki al Hamad, *Al-Karadib* [Karadib, 1998] en Arabia Saudí; y Aliya Mamdú, *Al Gulama* [La joven, 2000] en Iraq.

viajar a Ginebra para presentar ante la Cruz Roja un detallado testimonio sobre los diferentes tipos de tortura que sufren los presos políticos de su país. Pero cuando descubre que Hamid, el marido de su hermana Anisa, ha sido detenido porque él no presenta informes sobre los militantes en el extranjero, envía su testimonio por escrito a Ginebra y vuelve a casa. La policía lo está esperando. Tras devolver a Rayab a la cárcel, liberan a Hamid. Tres semanas después, Rayab vuelve ciego y quebrado, y a los pocos días muere. Apenas pasa una semana antes de que vuelvan a detener a Hamid, a quien consideran responsable de filtrar las circunstancias de la muerte de Rayab a un periódico extranjero. En una de las últimas escenas Anisa descubre a su hijo Adil recogiendo botellas vacías y llenándolas de gasolina para destruir la cárcel y liberar a su padre.

La nota optimista, trasladar a la siguiente generación la responsabilidad de continuar la lucha, no está cuidadosamente introducida en el relato, y supone una sorpresa tanto para el lector como para la madre. Pero la fuerza de la novela radica en su desolación, y en el delicado equilibrio que mantiene entre el destino de los presos y la carga que deben soportar los de fuera, y no en este débil rayo de esperanza final; ni siquiera en su sugerencia de que escribir una novela pudiera constituir un arma eficaz contra la opresión política, algo que en el mundo que describe podría parecer mera ilusión. Como las primeras obras de muchos novelistas, *Al este del Mediterráneo* promete más de lo que ofrece, pero tiene la frescura y la ferocidad que la han convertido en la obra más duradera y popular de Munif. Él mismo era consciente de las limitaciones de la obra, y en la traducción a la duodécima reimpresión escribió que «era consciente de que estaba tratando un tema tabú, el encarcelamiento político, y practiqué el comedimiento y la autocensura durante toda su composición». Escrita en una prosa frugal y entrecortada, la novela tiene como objetivo una precisión violenta, y su única concesión al experimento formal es la alternancia en la voz narrativa.

Un año después de trasladarse a Moscú, Munif publicó un relato mucho más ligero, *Qisat Hub Mayusiya* [Historia de amor mágica], que constituye una clara anomalía en su obra. Se trata de un tema de perenne interés en la literatura árabe contemporánea, la incurable fascinación por Occidente, y el relato se basa en un argumento común en el género: un estudiante árabe en Europa –normalmente varón, pero recientemente también mujer– enredado con uno o más europeos del otro sexo. El estudiante narrador de Munif mantiene varias relaciones amorosas, de variada profundidad y duración, pero acaba obsesionado por su único objeto de deseo no consumado, una mujer casada a la que conoce en un hotel de montaña. Allí el intercambio de miradas basta para atraparlo y encender una pasión implacable. La novela es desesperadamente romántica y sólo sirve de metáfora a la profunda fascinación por Occidente y su imposible adquisición. Su aparición fue rápidamente eclipsada por la publicación de *Al este del Mediterráneo*, que Munif entregó a la imprenta al año siguiente, y cuyo impacto público fue profundo e inmediato.

Formas y política

El ascenso de Munif como gran escritor árabe en el momento en que se produjo la guerra de octubre de 1973 y la consiguiente subida del petróleo coincidió con un cambio de poder político y cultural en el mundo árabe desde su antiguo centro a las periferias emergentes⁹. En todo caso, más que reducirlo, el hecho de haber sido privado de su nacionalidad por la monarquía saudita ampliaba su capital cultural y su sentimiento de identidad. Ahora paradójicamente lo consideraban saudita, en un momento en que su país se encontraba en la cumbre del poder y el prestigio, porque la impopularidad crónica de la Casa de Saud en Oriente Próximo se vio temporalmente suspendida tras el embargo petrolífero impuesto en 1973. La aparición de un escritor progresista y de talento procedente de esta parte famosamente atrasada del mundo árabe fue recibida con sorpresa y placer. Desde 1967 se había ido desarrollando una nueva atmósfera literaria, que liberó a la literatura árabe de sus tradicionales vínculos narrativos para permitir una sensibilidad más moderna, en la que una polifonía de voces contrapuestas tendía a debilitar la autoridad del argumento. La cohesión interna de la novela llegó a depender más de la memoria interna del texto que de cualquier lógica causal de progresión desde el pasado, y el héroe individual cedió el paso al antihéroe, o a una elaborada red de relaciones en la que todos los personajes alcanzan igual importancia en su lucha por dar sentido a un mundo absurdo, que se presenta en esta prosa como una especie de laberinto epistemológico¹⁰.

La relación de Munif con esta oleada moderna, de la que se benefició, fue ambivalente. Era consciente del atractivo y la importancia que dicha modernidad tenía para su época, y aprendió de ella, pero nunca la abrazó tan plenamente como muchos de sus contemporáneos. Para ellos, el mundo árabe estaba llamado a experimentar una transformación radical hacia lo que Adorno denominó en una ocasión la «épica negativa». Porque, como éste explicó, «si la novela quiere permanecer fiel a su herencia realista y decir cómo son en verdad las cosas, debe abandonar un realismo que al

⁹ Otros beneficiarios de este cambio fueron el escritor sudanés Al Tayib Salih, cuya obra *Mawsim al Hijra ila al Shamal* [Temporada de migración al norte, 1968] fue recibida con entusiasmo, y poetas palestinos como Mahmud Darwish, que dio cierta esperanza a la sombra de escena posterior a 1967. El mismo cambio influyó también en el instantáneo éxito de Munif y en la recepción muy positiva, a menudo exagerada, de su obra. El propio Munif resaltó la importancia de la Guerra de los Seis Días en sus escritos. «La derrota de 1967 me llevó hacia la novela no como medio de huida, sino de enfrentamiento. Tuvo una consecuencia inolvidable: ver un área tan enorme como el mundo árabe –con todo su enorme clamor y sus lemas– desmoronarse y caer, no sólo en seis días sino meramente en unas cuantas horas.» Entrevista publicada en *Banipal* (octubre 1998).

¹⁰ Se puede encontrar un análisis sobre el modo en que reaccionó la novela árabe a los cambios sociales y culturales con una serie de nuevas estrategias de inspiración moderna en Sabry HAFEZ, «The Transformation of Reality and the Arabic Novel's Aesthetic Response», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* (1994), pp. 93-112.

reproducirla sólo ayuda a la fachada en su trabajo de camuflaje»¹¹. Se trata de una máxima que Munif no llegó a aceptar por completo. Experimentó libremente con recursos del argumento y de la figuración narrativa, en los que llegaba a ser muy audaz, y no tenía en él nada de *verismo*. Pero aun así su objetivo era ofrecer representaciones de la realidad fácilmente inteligibles para los públicos lectores árabes, en buena medida también para sus compatriotas saudíes, desconocedores de las convenciones modernas más radicales¹². ¿Fue, en consecuencia, la amplia popularidad que finalmente consiguió como autor también un punto débil? Naguib Mahfuz dijo en una ocasión que mientras escribía la *Trilogía de El Cairo* sabía que estaba usando un estilo pasado de moda, pero sentía que el conjunto de experiencias que deseaba describir así lo dictaba¹³. Es probable que, intuitivamente, Munif –una generación más joven, y con formas principales mucho menos tradicionales– sintiera algo similar, controlando o adaptando sus impulsos de innovación formal a los propósitos históricos que deseaba servir.

En 1975, tras publicar *Al este del Mediterráneo*, Munif se trasladó a Iraq para trabajar en la Oficina de Asuntos Económicos del Consejo del Mando Revolucionario (1975-1981). Fueron los años en los que el régimen Baath, beneficiándose de la enorme subida de los precios del petróleo después de 1973, estaba modernizando rápidamente el país en un Frente Progresista con los comunistas. Aunque no está clara la función que desempeñó en Bagdad en aquella época, sí se sabe que confiaron en él por su pasado baathista. Lo hicieron miembro del prestigioso liderazgo panárabe de la confederación Baath, se hizo cargo de la influyente revista mensual *Al Naft wa-l-Tanmiya* [Petróleo y Desarrollo], pródigamente financiada por el Estado, y publicó una continuación de su anterior estudio sobre la industria petrolífera, *La nacionalización del petróleo árabe*¹⁴.

Conociendo a Munif tan bien como yo lo conocía, es difícil imaginar a un intelectual inteligente y ávido lector de literatura dentro del régimen baathista en el poder. Parecía más bien un eterno exiliado, cuyos valores arraigados, mente independiente, dudas sobre sí mismo y cuestionamientos constantes serían anatema para la disciplina de partido. Su comportamiento reservado y sus modales esmerados en sociedad se confundían a menudo con frialdad e incapacidad emotiva. De hecho, eran producto

¹¹ Theodor ADORNO, *Notes to Literature*, vol. I, Nueva York, 1991, p. 32 [ed. cast.: *Notas sobre literatura*, Madrid, Akal, 2003].

¹² En su introducción a *Los árboles y el asesinato de Marzuk*, el principal escritor y crítico sirio, Sidqi Ismail, criticó a Munif por su «realismo rudimentario» y su «representación documental de la vida y del espíritu de las masas a través de la mente de un intelectual», algo que chocaba con lo que en esencia era una «novela de ideas».

¹³ Véase Sabry HAFEZ, *Naguib Mahfuz: Atahadat Ilaikum* [Entrevistas con Naguib Mahfuz], Beirut, 1973.

¹⁴ *Tamim al Britul al Arabi*, Bagdad, 1976.

de años de actividad política clandestina y de un mecanismo defensivo necesario para protegerse a sí mismo y defender su tiempo. Si algo estaba profundamente arraigado en él, era la aguda sensación de haber empezado tarde su carrera literaria y de haber malgastado unos años preciosos, lo cual hizo que estuviera decidido a mantener la primacía de su escritura. En una ocasión me dijo que la literatura siempre había sido su pasión y que con frecuencia lo acusaban de distraer a los camaradas de sus tareas políticas por incitarlos a leer demasiado¹⁵. Pero no cabe duda de que la larga experiencia política y el amplio conocimiento de la región que obtuvo de sus años de trabajo clandestino en el partido dieron a sus escritos una importancia y una madurez panárabes que, junto con un sentimiento de desapego, le ayudarían a ser tan ampliamente reconocido.

Cacerías

En Bagdad, Munif combinó sus deberes oficiales con una prolífica producción literaria, escribiendo tres novelas y colaborando en la redacción de otra. La primera de ellas, *Hin Tarakna al Yisr* [Cuando abandonamos el puente, 1976], ya mostraba su inquietud y su capacidad para la reinención formal. La novela consiste por completo en el largo monólogo de un cazador solitario, Kaki Nadaui, que tiene como única compañía a su perro. Cada día sale al monte, donde la única persona con la que intercambia unas cuantas frases antes de volver a casa con sus presas es otro viejo cazador. La novela nos hace seguir muchas de sus cacerías, que tienen lugar en diversas estaciones y con diferentes tiempos atmosféricos. Pero sus pensamientos internos siempre vuelven a un puente en el que una vez trabajó como soldado. Construido pero sin llegar a usarse, el puente fue después abandonado, metáfora de los ejércitos árabes que fueron constituidos, pero para retirarse sin honra en la lucha contra Israel. Siempre que inicia una persecución, lo obsesiona el hecho de que los hombres no cruzaran el puente ni lo destruyeran antes de retirarse. Como todos los cazadores, sueña con la gran pieza, el pájaro imaginario al que denomina «pato rey». Finalmente, una noche de luna llena avista su presa y la abate. Al meterse en el agua para recuperarla, encuentra sólo el más horrible de los búhos, símbolo, en la cultura árabe, de perdición y desgracia. La fútil caza del individuo acaba reproduciendo la derrota colectiva contra la que toda su memoria protesta.

Publicada poco después, *Al nihayat* [Finales, 1977] podría parecer de alguna manera una obra acompañante, ya que también habla de un cazador solitario y de su perro. Pero es una empresa muy distinta, que avanza aspectos del mundo retratado en *Mudun al Mil* [Las ciudades de sal].

¹⁵ Véase Abd al Rahman MUNIF, *Zakirah li-l-Mustakbal* [Memoria para el futuro], Beirut, 2001, p. 50.

Y es que está ambientada en el desierto y el conflicto no se da solamente entre una comunidad tradicional, que vive precariamente al borde del hambre, y la rapacidad urbana moderna, sino entre la propia naturaleza y el uso inadecuado que los humanos hacen de ella, de los que los propios aldeanos no son inocentes. Estructuralmente, *Finales* representa una ruptura mucho más radical con las convenciones narrativas comunes que *Cuando abandonamos el puente*. La novela se desarrolla en un tiempo de sequía prolongada en el desierto, que amenaza la existencia de una comunidad descrita de manera bastante impersonal. Ahora completamente dependientes de la caza para sobrevivir, sus miembros necesitan más que nunca la capacidad del forastero que es su mejor cazador, el enigmático Asaf, que siempre ha intentado convencerlos de que no maten las especies que los rodean con una caza excesiva. Íntimo conocedor del desierto, Asaf representa la ética beduina marcada por un profundo respeto a la naturaleza y por una percepción de los límites estrictos que deben imponerse al uso de sus valiosos recursos. Está dispuesto a poner sus grandes habilidades al servicio de la comunidad, pero no a sostener los privilegios de unos cuantos a expensas de la mayoría, ya que «la caza se ha creado para los pobres que carecen del pan de cada día». Pero cuando de la ciudad llega un grupo de burdos deportistas en coches para organizar una cacería, consiente en guiarlos, y cuando una terrible tormenta de arena envuelve a la partida, sacrifica su propia vida para salvar la de los deportistas a los que desdeña. Con su muerte, la novela cambia abruptamente de registro. En una velada de una noche, en la que participa toda la aldea, los dolientes recuerdan catorce fábulas inquietantes, todas las cuales terminan con la abrupta destrucción o desaparición de las aves o los animales de los que tratan, algunos tomados intertextualmente del clásico árabe de Al Yahiz¹⁶. El entierro del cazador se convierte en un acto de catarsis colectiva, que lleva a los aldeanos a trabajar juntos en la construcción de una presa que los proteja de futuras sequías. En su drástica discontinuidad estructural, el uso en mosaico de los relatos breves, y la impersonalidad poética del tono, *Finales* sigue siendo una de las novelas más avanzadas de la literatura árabe contemporánea.

El Teherán herido por el golpe y el Bagdad onírico

Desplegando una vez más su versatilidad, Munif siguió esta obra experimental con una novela realista de intriga política, *Sibaq al Masafat al Tawilá* [Carrera de largo recorrido, 1979]. Pero también ella contiene anticipaciones de la principal obra escrita por Munif en la siguiente década, porque si *Finales* presagia las costumbres tradicionales del desierto retra-

¹⁶ Abu Utman Amr ibn Bahr (ca. 776-868), conocido como Al Yahiz, «el de ojos saltones», fue el mayor escritor en prosa del árabe clásico, autor de una erudición enciclopédica y de gran agudeza, que dejó unas doscientas obras.

tadas en *Las ciudades de sal*, el tema de *Carrera de largo recorrido* es la llegada del imperio petrolífero estadounidense, que las hará desaparecer. El lugar donde está ambientado este prelude de su gran tema es Irán, no Arabia, y la carrera se produce entre los británicos, la potencia imperial decadente en la región, y sus nuevos rivales, los estadounidenses. El tiempo narrativo es 1951-1953, años del ascenso y caída del gobierno de Mosadeg, y el lugar –inconfundible, aunque nunca se menciona explícitamente en la novela– es Teherán. La novela empieza con la nacionalización de la industria del petróleo y está narrada por Peter McDonald, empleado de la empresa petrolífera iraní. Pero se trata meramente de una tapadera; en realidad es agente de la inteligencia británica, que lo seleccionó y lo entrenó en Zurich, y después lo envió a Beirut antes de despacharlo a Teherán. En Beirut, ha escogido cómplices y peones para su trabajo en Irán: Abás, un político feudal y ex ministro, Shirin, su inteligente, hermosa y lasciva esposa, y Mirza, un militar con credenciales de espía y amplia experiencia en operaciones subversivas. Shirin se convierte en amante de Peter, pero más adelante se muestra muy dispuesta a cambiarlo por el homólogo estadounidense, cuando se da cuenta de que su amante pierde terreno. No obstante, el aliado más importante de Peter es Ashraf Ayatola, espécimen de una nueva hornada de jóvenes iraníes, educados en Occidente, del que están convencidos que depende su futuro, sordos al «lenguaje» del anciano en el poder y a su retórica de independencia nacional y justicia social. El viejo, que preside una vaga coalición de fuerzas progresistas, carece de un partido fuerte que lo respalde. Pero sus enemigos están muy organizados: por una parte, el sha, con los estadounidenses a su lado, y por otra los británicos, agraviados por la nacionalización de la Anglo-Iranian Oil Company.

Precedida de citas de Churchill y T. E. Lawrence, la novela analiza la competencia entre la potencia colonial en decadencia y el imperio ascendente, desarrollada bajo el ojo avizor de la amenaza soviética, siempre presente pero no mencionada, al norte. Peter está lleno de desprecio hacia los estadounidenses, «cerdos con collares de oro alrededor del cuello, que nunca hacen lo correcto en el momento adecuado». Los dos predadores sólo comparten su condescendencia hacia los pueblos de Oriente Próximo en general y hacia los iraníes en particular: los británicos los consideran lúgubres ingratos y los estadounidenses los ven como primitivos que necesitan su civilización. A medida que ellos fomentan tramas rivales para derrocar a un gobierno elegido democráticamente, se nos muestran los mecanismos internos de corrupción y de subversión que culminan en la expulsión violenta de Mosadeg, dejando a cargo al líder del Mundo Libre, en lugar de a la Madre de los Parlamentos. La novela acaba con el ocaso de la anterior potencia hegemónica, mientras Shirin ofrece una extravagante fiesta a los vencedores del golpe, despidiéndose de su amante con una mezcla de nostalgia y burla.

Cuando se publicó *Carrera de largo recorrido*, en 1978, la situación política de Iraq se había deteriorado, al convertirse Saddam Hussein en el go-

bernante de hecho del país, reprimiendo no sólo a los comunistas, sino a cualquier centro de poder alternativo dentro del propio Partido Baath, antes de asumir la presidencia un año después. En la intimidación, parece que Munif dijo a algunos amigos que el régimen iraquí era ahora poco mejor que el saudita. Ciertamente, un ominoso paño mortuorio cuelga sobre la ciudad de Bagdad en la novela que él escribió a continuación en colaboración con el escritor palestino Yabra Ibrahim Yabra, *Alam Bila Jarait* [Un mundo sin mapas], publicada en 1982. Yabra, una generación mayor que Munif (1920-1994), fue un distinguido escritor de tendencia más psicológica, traductor de Shakespeare y Faulkner al árabe, que desde hacía tiempo constituía una descolante presencia intelectual en Bagdad. La amistad entre ambos dejó una profunda huella en Munif, y produjo algo inusual en un relato largo: una obra en colaboración¹⁷.

Un mundo sin mapas ofrece un fresco de una ciudad enorme que desciende a la oscuridad y el caos. Sus autores la denominan Amuriya, pero no cabe duda de que la topografía y los detalles corresponden a Bagdad, cuya metamorfosis de la tranquila ciudad del pasado, con sus valores aún rústicos y sus vínculos tribales, en la frenética metrópoli en constante movimiento, despiadada e impenetrable, se describe gráficamente. Nos sumergimos en un mundo en mutación perpetua, cuya fuerza rectora es la desorientación, que supera a cualquier intento de reconocimiento. El impacto de una desconcertante transformación del espacio sobre los modos más básicos de existencia e interacción humanas maneja en un plano la imaginación del libro. El escritor situado en el centro de la novela, Al Nayib, se ocupa profesionalmente de los problemas de urbanización, que siempre contempla de manera dialéctica, no puramente negativa. La ciudad se asocia con la tumba: entierra el pasado de los personajes, oculta su origen, sepulta la vida rural y la ética tribal. Pero es también un vientre materno que ofrece refugio frente a una naturaleza a menudo despiadada: es el hábitat preferido de los humanos contemporáneos, pero asimismo su prisión más odiada. En esta representación, no cabe duda de cuál de estas identidades domina: la novela está llena de comentarios satíricos sobre Amuriya y la idea de la propia metrópoli. En otro plano, un mundo sin mapas es también, inevitablemente, aquel en el que se ha perdido toda dirección política. Las esperanzas y los ideales se han desvanecido junto con todas las acotaciones.

Aquí, como en *A la recherche du temps perdu* de Proust, donde sólo el proceso creativo puede recuperar el pasado, únicamente mediante el acto

¹⁷ No es, sin embargo, el primer experimento en la literatura contemporánea árabe. En 1936, Taha Husain y Tawfiq al Hakim escribieron conjuntamente *Al Qasr al Mashur* [El palacio embrujado], que entre otras cosas intenta purgar el proceso creativo de su tiranía autorial, permitiendo a los personajes cuestionar los motivos de sus creadores, y rebelarse contra ellos. Esta novela no es el único precursor de *Un mundo sin mapas*, sino uno de los subtextos operativos del mundo de ficción de ésta, en el que se da, en un plano u otro, un constante diálogo con sus estructuras y temas.

de escribir puede sondearse la ciudad inescrutable. El protagonista de *Un mundo sin mapas* se dedica a escribir una novela sobre Amuriya, la metrópoli en la que vive y cuya naturaleza ficticia se revela al lector desde el comienzo. Sus dos novelas anteriores, analizadas y discutidas por otros personajes, tratan asimismo de la vida en la ciudad. Tenemos, de esta forma, dos novelistas que escriben sobre un novelista que escribió dos novelas y está escribiendo una tercera en el transcurso del texto, mientras al mismo tiempo participan en la vida de la ciudad ficticia que ellos están creando. Deliberadamente, este marco triple hace que resulte tan difícil seguir el argumento de *Un mundo sin mapas* como lo es vivir bajo el control desorientador de esa ciudad que prolifera. El resultado es una forma extremadamente compleja que implica los mecanismos de un rompecabezas y de un laberinto. El primero se usa para reunir, pieza a pieza, la historia de la vida real de Nayua al Amiry, amante de Alí Nayib y esposa de un amigo, cuya elusiva relación con el protagonista refleja los intentos que éste hace de elucidar los secretos de la ciudad y de humanizarla. El segundo compone lo que se puede denominar el argumento detectivesco del relato: el enigma del asesinato de Nayua, introducido al principio de la novela, que sigue sin resolverse al final. En ausencia de cualquier cartografía, la aclaración es imposible: su muerte será tan indescifrable para su amante como la ciudad lo es para sus habitantes, condenados a seguir atrapados en su laberinto.

El quinteto saudita

Un mundo sin mapas se publicó en Beirut en 1982. Un año antes Munif abandonó Iraq. Su salida de Bagdad en 1981 se produjo después del estallido de la guerra contra Irán en 1980, en el apogeo de la dictadura de Saddam Hussein. El retrato comprensivo de las fuerzas populares en una Teherán ficticia no era por aquel entonces más aceptable para los funcionarios estatales que la molesta visión de la ausencia de dichas fuerzas en una Bagdad imaginaria. En estas circunstancias, Yabra convenció a Munif de que abandonara la vida política activa y se dedicara por completo a la literatura. La experiencia de escribir una novela junto con el hombre mayor, que no sólo era mucho más leído sino también un gran profesor, además de autor y crítico establecido, había cambiado claramente a Munif, aumentando su confianza en sí mismo y su alcance como escritor. Porque su obra posterior está marcada por una gama y una profundidad asombrosas que probablemente deben mucho a las largas conversaciones críticas que debieron de acompañar a la creación conjunta de Amuriya, y llevaron a Munif a concebir su propia geografía imaginaria, un mundo paralelo como el Wessex de Hardy o el Yoknapatawpha de Faulkner.

Para esto necesitaba tranquilidad y distancia. Al salir de Bagdad, Munif no se dirigió a Damasco o a Beirut, sino que se trasladó con su familia y sus ahorros a Francia, fijando su residencia en Boulogne, cerca de Paris, don-

de muchos famosos exiliados habían pasado sus días. Allí escribió su pentalogía, *Las ciudades de sal*. Originalmente pensada como una trilogía, la obra completa le llevó siete años, y con dos mil quinientas páginas es la novela más larga de la literatura árabe contemporánea. De escala y ambición épicas, describe la traumática transformación social que se produjo con el descubrimiento del petróleo, dislocando y convirtiendo las comunidades tradicionales del desierto en poblaciones urbanas explotadas y oprimidas, y las rivalidades tribales en Estados policiales centralizados. En cierto sentido, puede interpretarse –y a menudo se interpreta– como un enorme lienzo de las brutalidades de la modernización y la devastación que provocaron de modos de vida basados en la costumbre. La novela intenta captar la naturaleza y el ritmo de un mundo bucólico ahora eliminado en buena medida, registrar sus prácticas y relaciones, sus tradiciones populares y sus creencias morales, sus formas de recuerdo y de solidaridad, y mostrar qué pasa con ellos cuando empieza a extraerse petróleo de la arena: el enorme salto desde la vida tradicional en el desierto, con su ética beduina y el sentido cósmico del tiempo, al frenesí del consumismo y los conflictos de clase y riqueza en ciudades ultramodernas. Muestra que la llegada de la modernidad en estas condiciones es inseparable de la proliferación de la tiranía, y que las riquezas petrolíferas son un mal que alimenta la corrupción, la avaricia y la debilidad humana. Contemplamos la quiebra de la vida en el desierto, de su libertad, independencia y dignidad, bajo las ruedas de una repelente fuerza destructiva.

Pero aunque en la novela se da una poderosa sensación de pérdida, que llora la destrucción de un mundo que Munif conoció a medias siendo niño, *Las ciudades de sal* dista mucho de ser un mero réquiem por la tradición. Con dos obras técnicas sobre la economía del petróleo y años de participación en la causa Baath a sus espaldas, Munif difícilmente era un enemigo de la riqueza mineral o de la modernidad en sí. Es la forma cruelmente perversa que la modernización ha adoptado en la península Arábiga la que constituye el tema dominante del quinteto, y la que da a la obra su notable forma. En primer plano se encuentra una saga tribal: la historia de las tribus rivales de Arabia Saudí y del triunfo de una tribu determinada sobre las demás mediante la traición, la violencia, la manipulación del dogma religioso y la aceptación del respaldo extranjero; y de cómo continúan los odios dentro de la tribu triunfante, una vez ésta ha alcanzado el monopolio del poder¹⁸. Arabia Saudí es el único país del mundo árabe que recibe su nombre en honor a una familia. Munif, echando abajo las mentiras históricas en las que esta dinastía ha basado su legitimidad, no sólo teje un salvaje retrato de su brutalidad, perfidia e hipocresía, sino también de su constante servilismo ante los señores extranjeros y el sabotaje

¹⁸ Se puede encontrar un estudio detallado de esta novela como saga tribal en Amina Khalif THIBAN, *Transformation and Modernity in the Desert Tribal Saga. Cities of Salt*, tesis doctoral presentada en la SOAS, Universidad de Londres, 2004.

a cualquier movimiento de independencia económico o político en el mundo árabe. De principio a fin, se revela que la dinastía de Saud depende de los señores imperiales: primero Reino Unido y después Estados Unidos. Tras la saga tribal se encuentran los imperios occidentales del petróleo, que participan en la frustración de cualquier avance regional.

La gran novela de Munif está compuesta con extraordinaria libertad formal. Cada uno de sus cinco volúmenes tiene una estructura narrativa distinta, diferente de todos los demás, y su secuencia rompe cualquier orden cronológico convencional. Todos se unifican en un tono completamente específico, a un tiempo sarcástico y poético, ofrecido en una tercera persona impersonal, cargada de ironía e intensidad figurativa. Frases en general cortas y expresivas, que a veces se acercan a los aforismos, alternan con diálogos tersos en acciones que despliegan una especie de voz épica superpuesta. El relato –o la sucesión de relatos– se narra con una energía continua que parece ocultar la enorme longitud de toda la obra, y con dotes de imaginación metafórica capaces de lanzar imágenes de fuerza o belleza extasiante. Comparado con el objetivo de alcanzar un «lenguaje intermedio» entre el árabe clásico y el coloquial, Munif no se sentía satisfecho del estilo al que había llegado. Pero como vehículo para fundir la historia y la ficción en la escala más grande, es asombrosamente eficaz.

El título de la pentalogía –no del primer volumen, como en inglés– es una sentencia: las ciudades de sal construidas por una dinastía grotesca del desierto árabe, donde un día se agotará el petróleo, son artificiosos pilares baldíos destinados finalmente a la disolución. Para contar la historia del reino que las creó, Munif ideó una original solución al problema de equilibrar hechos y ficción en su novela. En un plano, la narración de *Las ciudades de sal* es una reproducción fiel de los principales episodios e hitos de la historia saudita, desde el cambio de siglo hasta la primera crisis del petróleo: de hecho, una gigantesca *roman à clé* histórica, en la que los sucesivos gobernantes reales y sus familiares, con los más mínimos disimulos, son las principales *dramatis personae*. Pero todos estos acontecimientos y figuras son traspuestos por el peculiar modo narrativo de Munif, en un registro semimitopoyético, de forma que el lector nunca duda de que ésta sea una obra de ficción finamente labrada, así como un espeluznante informe sobre las realidades políticas. El extremado cambio de tiempo en la novela distancia aún más los datos directos de la historia y sus correlatos imaginarios. El primer volumen del quinteto cubre lo que en tiempo real corresponde a los años 1933-1953. El segundo trata de los acontecimientos históricos acaecidos entre 1953 y 1958. El tercero vuelve al equivalente de 1891 y termina en torno a 1930. El cuarto avanza a los años comprendidos entre 1964 y 1969. El quinto, que está dividido en dos partes, vuelve primero a 1920-1935, y después cambia a 1964-1975¹⁹. Las razones de esa

¹⁹ Los acontecimientos históricos correspondientes a estas fechas son los siguientes. En 1891 el jefe tribal saudí Abdelrahmán fue expulsado de sus tierras por los rashidi. En 1902 su hijo

estructura compleja se han debatido mucho, al igual que sus méritos estéticos. El efecto, sin embargo, de los retrocesos, las superposiciones y las desconexiones es el de distanciar los anales del despotismo saudita, potenciando los fines menos esperados de la ficción.

De los camellos a los Cadillacs

El primer volumen de *Las ciudades de sal*, titulado *Al Tih* [El desierto], empieza en un tiempo premoderno y prenacional en el oasis de Wadi al Uyún, donde una comunidad beduina vive con la tradicional sencillez y unidad con su entorno, e intenta registrar la historia social y la geografía popular olvidadas de Arabia. En este medio aparece de repente un pequeño grupo de estadounidenses, con una firme recomendación del emir local al pragmático anciano Ibn al Rashid, en una misión misteriosa que nunca explican a los lugareños. Se les resiste el ferozmente independiente Mutab, que instintivamente sospecha de ellos. En su comprensión de un mundo duro –pero también hermoso– y el respeto por sus ritmos naturales, Mutab es una versión más desarrollada y mítica de Asaf, el protagonista de *Finales*.

Pero también es un luchador y un profeta, cuyos antepasados defendieron el oasis contra los turcos como él hará contra los estadounidenses, inclinados a destruirlo en busca del petróleo. Cuando finalmente los tractores amarillos arrancan los árboles, se desvanece con su camello en el desierto, entrando en la leyenda como una figura mítica en la conciencia colectiva, y la escena se traslada a la ciudad costera de Harrán, donde los estadounidenses necesitan construir un puerto y un oleoducto hasta los pozos que han perforado. Allí se engaña a los beduinos desarraigados para que se conviertan en trabajadores de la construcción explotados, mientras el emir preside el crecimiento de una ciudad de empresa y una sociedad de clases, respaldado por policías matones. Cuando éstos matan a un desinteresado curandero local, estalla una huelga, la policía abre fuego pero no puede reprimir a los trabajadores, y el emir parte. Toda la acción de la novela, basada en el primer descubrimiento de petróleo en

Abdelaziz, fundador del moderno Estado saudí y posteriormente conocido a menudo en Occidente como Ibn Saúd, retomó Riad, y en 1930 había conquistado toda el área de la actual Arabia Saudí. En 1933, Abdelaziz otorgó la primera concesión petrolífera a lo que acabaría siendo Aramco. Los primeros campos petrolíferos se explotaron en 1938; en 1950 se terminó un oleoducto hasta Dahrán; las primeras huelgas en Dahrán tuvieron lugar en 1953. Ese mismo año murió Abdelaziz, y fue sucedido por su hijo Saúd, que lo había salvado de un intento de asesinato en 1935. Saúd fue privado del poder por su hermano Faisal en 1958, intentó recuperarlo en 1962, y finalmente fue obligado a abdicar y enviado al exilio en 1964, cuando Faisal se hizo con el trono. Saúd murió en 1969. Faisal, a su vez, fue asesinado por un sobrino en 1975. La única modificación significativa de esta cronología es la compresión de la pérdida de poder de Saúd en 1958 y su expulsión en 1964 a un solo golpe de Faisal, descrito desde diferentes ángulos al final del segundo volumen y en la mitad del quinto.

Ain Dar a principios de la década de 1930 hasta las primeras huelgas en Dahrán a comienzos de la de 1950, se transmite con el estilo de un narrador oral, recordando el destino de una comunidad más que de un conjunto de individuos. Los personajes nuevos entran y los viejos desaparecen en un relevo que minimiza, sin abolirla, la importancia de las identidades personales. Son rasgos de *Al Tih* que suscitaron un comentario famosamente burdo de John Updike, que anunció: «Es una pena que Abdelrahman Munif resulte insuficientemente occidentalizado como para producir una prosa que se parezca mucho a lo que denominamos novela. Su voz es la de un cuentista de campamento», y por si fuera poco denigra a los estadounidenses «con la retórica maledicente del ayatolá Jomeini (*sic*)»²⁰.

En el segundo volumen de *Las ciudades de sal*, la óptica se altera abruptamente. Mientras que *Al Tih* ofrece un panorama impersonal de los cambios sociológicos a lo largo de dos décadas, *Al Ujdud* [La trinchera] se acerca para observar unos años especialmente llamativos de la historia política, en los que la propia dinastía saudita –casi completamente fuera de escena en el primer volumen– se convierte en el centro del relato, teniendo de fondo la transformación del asentamiento tribal de Riad («Murán») en capital moderna. La novela adopta aquí la forma de intriga de corte, y el espíritu del relato –que abarca desde la muerte repentina del fundador del reino saudita, Abdelaziz («Juraibit») en 1953 hasta el golpe de Estado que depuso a su hijo Saúd (Jazal en 1958)– se acerca más a Suetonio que a Cowper o a Scott. El título de *La trinchera* alude al verso coránico en el que el gobernante infiel de La Meca lanza a los creyentes a un pozo de fuego: «Destruídos quedaron los propietarios de la trinchera, por fuego alimentado por combustible, cuando se sentaron a su lado, y fueron ellos mismos testigos de lo que habían hecho» (LXXXV, 4-7). La religión que consume a los habitantes de Murán es la viciosa modernidad de un petrodespotismo que funde las estructuras tribales con tanques y policía secreta, la corrupción pantagruélica con la opresión política, el consumismo ávido con un fanatismo y una hipocresía feroces. También en esta novela la vida popular produce resistentes a este mundo, pero el personaje principal de la novela concentra todo lo peor que hay en él: el médico sirio Subhi al Mahmalyi, basado en la figura real de Rashad Pharaon, que durante mucho tiempo fue asesor político y cómplice de la dinastía. Llevado por la codicia, la ambición y la pretensión

²⁰ Ninguna parodia de la ignorancia y la condescendencia occidental podría mejorar el inefable comentario con el que Updike concluyó su reseña: «La carátula nos dice que *Cities of Salt* ha sido prohibida en Arabia Saudí. La idea de que haya una novela prohibida en Arabia Saudí resulta encantadoramente extraña, como la idea de que en Minneapolis prohiban las pipas de agua»: *Odd Jobs*, Nueva York, 1991, pp. 563-567. Martin Amis, como es característico en él, contempla con admiración estas fatuidades, con su propio tono inimitable: «Solo con mirar los datos bibliográficos empieza a temblarte el labio inferior: “*Cities of Salt*, de Abdelrahman Munif, traducida del árabe por Peter Theroux. 627 pp.”. ¡627 páginas! Trágate esa, hombre de hierro», *New York Times*, 10 de noviembre de 1991.

vana, Subhi amasa una fortuna mediante la especulación inmobiliaria, ayuda a crear el aparato de espionaje del régimen, y entrega a su hija a los bestiales apetitos del sultán –un retrato minuciosamente observado del rey Saúd– como su última esposa, de quince años. Nada más celebrarse la boda, un golpe palaciego envía al gobernante, a la hija y al médico al exilio.

El seguimiento de la dinastía

Munif planeó un tercer volumen, pero descubrió que los temas que quería tratar excedían el alcance de una sola novela y escribió tres que se publicaron simultáneamente en 1989. De ellas sólo la primera, *Taqasim al Lail wa-l-Nahar* [Variaciones sobre el día y la noche] se ha traducido al inglés [*Variations on day and night*]. Narra la victoria de Juraibit, el histórico Abdelaziz, con el respaldo de los británicos, sobre sus enemigos tribales de Arabia, esta vez en un estilo narrativo más cercano al de los cronistas medievales árabes que al de un narrador popular, con frecuentes concesiones a las diferentes conjeturas o versiones sobre los acontecimientos que circularon en su tiempo. Comparable a Subhi en la posición estructural de la novela, ambientada en la época anterior a *La trinchera*, es el agente y aventurero inglés Hamilton –doble ficticio de St. John Philby, con una mezcla de T. E. Lawrence– de quien Munif traza un retrato inolvidable.

Con *Al Munhbat* [El desarraigado], volvemos al destino de los exiliados de *La trinchera*, ya que el expulsado Jazal se instala con su séquito en la impotencia dorada de Baden-Baden, con una salud cada vez más frágil, mientras Subhi es expulsado, su hija se suicida y su esposa y su hijo lo abandonan para trasladarse a Estados Unidos. *El desarraigado*, la novela más corta y concentrada del quinteto, presenta nuevamente un cambio de registro, al seguir el descenso de Subhi –en otro tiempo odioso, ahora casi trágico– hacia la locura, y a Jazal hacia la muerte, en un estilo similar a una novela de tipo más clásicamente europeo. Acaba con la imagen chejoviana de un mozo de cuadra hablando con uno de los caballos de Jazal tras la muerte de éste; el único ser que queda con quien es posible la comunicación en la soledad restante. Por último, *Badiyat al Zumulat* [El desierto de la oscuridad] concluye *Las ciudades de sal* con una drástica bifurcación: «Memoria de un pasado distante», que recoge los años de juventud del futuro rey Fanar (es decir, Faysal) bajo el gobierno de su padre, y la forma en la que lo privan de la sucesión cuando su hermano Jazal salva a su padre de un intento de asesinato que él mismo había organizado, para convertirse en el heredero; seguida por «Memoria del pasado reciente», que detalla la manera en que finalmente Fanar depone a Jazal, en el golpe de Estado que en *La trinchera* sólo se nos muestra, y pasa a crear un despotismo aún más vigilante y cruel, antes de ser finalmente asesinado por un miembro más joven de la tribu educado en Estados Unidos.

Como corresponde a cualquier obra monumental, *Las ciudades de sal* ha sido objeto de muchas críticas, algunas más fundamentadas que otras. Una reserva legítima a la pentalogía es que tiende a idealizar con nostalgia romántica el pasado beduino, presentándolo como un modo de vida sereno y ordenado, y a dejar abierta la sugerencia de que las formas de Estado y de sociedad especialmente distorsionadas y corruptas creadas por la riqueza petrolífera pueden compararse con la modernidad propiamente dicha, pasando por alto las verdaderas ventajas y los beneficios de ésta. Menos justificada es la queja emitida por ciertos críticos árabes de que Munif puebla excesivamente los últimos volúmenes del quinteto de figuras históricas, hasta el punto de que hay en la novela demasiados personajes que se corresponden con personajes reales; algunos llegan incluso a afirmar que Munif reproduce esencialmente en forma de ficción la importante historia de Arabia Saudí escrita por Aleksei Vassiliev²¹. Esta acusación es completamente injusta. *Las ciudades de sal* está llena de personajes expresivamente creados, personas comunes como Mutab al Hadhdhal, Mundi al Yadán, Shamran al Utaibi, Salih al Rashdan y Shadad al Mutawi, opositores valientes o víctimas trágicas del desastre que describe, además de contener retratos brillantes de aquellos que en el hecho histórico diseñaron el desastre y se beneficiaron de él. La novela ofrece un convincente análisis sobre el ascenso del Estado policial saudita y la neocolonización de Arabia que lo acompañó, pero no es una mera codificación de estos sucesos. Por el contrario, construye un universo ficticio de notable coherencia imaginativa que es un apasionado grito contra lo que Munif en otro tiempo denominó la tríada de males que afligen al mundo árabe –el petróleo rentista, el islam político y la dictadura policial– y un profundo llamamiento a la justicia y a la libertad²².

Un hospital de Praga

Al completar *Las ciudades de sal*, Munif volvió –ahora liberado de otras ataduras– al tema de su primera novela con *Al An Huna aw Sharq al Mutawasit Marras Ujra* [Aquí y ahora, o nuevamente al este del Mediterráneo, 1991], una obra mucho más amplia, compleja y firmemente enfocada que su predecesora. En los veinte años que separan a las dos obras, las cárceles políticas habían proliferado en el mundo árabe, sus tecnologías malignas se intensificaron y la crueldad alcanzó nuevos niveles de barbarie. *Aquí y ahora* está ambientada en un hospital de Praga donde los partidos envían a los ex presos políticos para que reciban tratamiento, en busca de una cura para el cuerpo y el alma. El hospital, sin embargo, no es un cosmos aislado, sino un lugar de fuerzas contendientes en el que también participan poderes políticos externos. Los médicos y los enfer-

²¹ Aleksei VASSILIEV, *The History of Saudi Arabia*, Londres, 1998. El original ruso se publicó en 1982, la traducción al árabe en 1986.

²² Abd al Rahman MUNIF, «Crisis in the Arab World», *Al Jadid* 45 (2004).

meros checos forman parte de su dinámica en tanta medida como los otrora prisioneros, sus visitantes o sus opositores, y a menudo parecen peones de un complejo juego de política cínica. Los dos protagonistas principales, Talí al Uraifi y Adil al Jalidi –uno de Murán y otro de Amuriya–, son izquierdistas que han pasado años en la cárcel. En la primera parte, Adil cuenta su experiencia común después de ser liberados de la cárcel. La segunda parte da la voz a Talí, y los documentos que le deja a Adil al morir. En la tercera parte, Adil retoma nuevamente el relato tras la muerte de Talí, como si su experiencia fuera la imagen especular del otro, o su continuación. Las dos experiencias se entrecruzan para ofrecer una imagen de lo que podríamos denominar la universalidad de la experiencia carcelaria en el mundo árabe. La muerte de Talí da un peso especial a su testimonio, que no pretende instilar miedo hacia las atrocidades que cataloga, sino admiración por la capacidad que los seres humanos tienen para soportarlas. Animando a dirigir la ira contra la propia situación del encarcelamiento político, señala que la apatía y la pasividad de las masas son parcialmente responsables de la opresión y de la corrupción en el mundo árabe. Su muerte significa el fin de un cierto idealismo socialista.

Quien da en general continuidad y cohesión a la novela es Adil, que ofrece un punto de vista más complejo. De la corriente de visitantes y celebridades políticas que acuden a su lecho hospitalario y le piden su aprobación o meramente su opinión, recibimos una percepción mucho más amplia del espectro político árabe de la que podría recabarse de las opiniones vagamente opositoras de Rayab en *Al este del Mediterráneo*. Pero todos estos visitantes sufren la ilusión común de que los exiliados son capaces de cambiar las terribles realidades de su país. Adil no soporta dicho autoengaño, y les dice que es una de las razones del descenso de las luchas revolucionarias en el mundo árabe, la persistencia de las tiranías y la pérdida de esperanza popular de cambio. Característicamente, la política de los exiliados no sólo desaprovecha los sacrificios de los camaradas que aún se encuentran en la cárcel, sino que alimenta intrigas e hipocresías que son la antítesis de lo que la liberación exige realmente: una verdadera democracia, una cierta capacidad de autocrítica y el reconocimiento de los errores, un sentimiento leal de organización colectiva y rechazo del fraccionalismo. La insistencia de Adil en la necesidad de oponer la lógica al terror, los seres humanos a las deidades políticas, cae en oídos sordos. Desatentos, los oyentes siguen como antes con sus tragicómicas rivalidades de mesa de café, su feroz intercambio de acusaciones e insultos, la deprimente búsqueda de pequeños poderes o favores. De la esterilidad de este escenario saca toda su fuerza para el lector la visión planteada por Adil de cómo podría y debería ser la política árabe.

Aquí y ahora se publicó en 1991. Para entonces los ahorros de Munif se habían terminado, y se vio obligado a dejar París, algo que hizo a su pesar; pasó el resto de su vida en Damasco. En aquel momento era un autor

celebrado en el mundo árabe, que escribía prolíficamente sobre cuestiones literarias, intelectuales y políticas, produciendo ocho volúmenes de ensayos sobre estos temas a lo largo de la siguiente década. Pero la principal novela de esos años fue su última novela, *Ard al Sawad* [La tierra oscura]²³. Si *Las ciudades de sal* es el tributo de Munif a Arabia, la tierra de su padre, ésta es un tributo a Iraq, la de su madre, a quien está dedicada, y a Yabra Ibrahim Yabra, con quien había soñado escribirla. La novela estuvo claramente motivada por las nuevas penalidades de Iraq en el momento en que la escribió, sufriendo la tiranía de un cruel dictador y mutilado por las insensibles sanciones de la «comunidad internacional». De ese modo, puede interpretarse como un mensaje ficticio al pueblo iraquí sobre cómo enfrentarse a los designios extranjeros y librar al país de la catástrofe inminente.

Final: duelo en Iraq

En cuanto a la forma, *Ard al Sawad* no es un apéndice de *Las ciudades de sal*. Pertenece a un género distinto, la novela histórica propiamente dicha. Y su arquitectura tampoco es similar. Porque aunque publicada en tres volúmenes, que aparecieron juntos en 1999 y que alcanzan hasta las mil cuatrocientas páginas, es difícil llamarla trilogía, ya que su relato fluye continuamente desde el capítulo I del primer volumen hasta el capítulo 133 del tercero. Mientras que *Las ciudades de sal* es esencialmente una épica del siglo xx que cubre ocho décadas (1902-1975), y describe el mundo contemporáneo desde sus orígenes hasta los umbrales del presente, *Ard al Sawad* está ambientada a comienzos del siglo xix, y se concentra en un intervalo temporal de sólo cinco años (1817-1821). El espacio de la novela también es mucho más reducido. Mientras que *Las ciudades de sal* traslada a sus personajes fuera de Arabia, desde lugares como Beirut, Damasco, Ammán y Alejandría hasta Ginebra, Baden-Baden, París o Nueva York, *Ard al Sawad* nunca sale de Iraq, donde la acción se desarrolla esencialmente en Bagdad, con algunos acontecimientos en Kirkuk y Sulaimaniya, y en el bajo Éufrates. Su sistema de personajes también es muy distinto. Las figuras históricas reales aparecen como tales, en medio de una multitud de personajes inventados, como en la novela histórica clásica descrita por Lukács, aunque con la inversión que había señalado en la década de 1930: actores políticos reales en los papeles principales, y personajes de ficción en los secundarios.

Compuesto por tres provincias periféricas –Mosul, Bagdad y Basora– del Imperio otomano, Iraq estuvo gobernado desde comienzos del siglo xviii

²³ *Ard al Sawad*, literalmente la Tierra negra u oscura, es el nombre antiguo dado a Iraq por los árabes que lo conquistaron en el 651 d.C., algunos dicen que porque llegaron a ella en el crepúsculo, o porque las sombras de los densos palmerales hacían que la tierra pareciera oscura; otros lo explican por el asombro que sintieron ante el contraste entre su exuberante fertilidad y el abrasado desierto amarillo del que ellos procedían. Munif juega con la ambigüedad de la expresión.

por una serie de bajás mamelucos de origen georgiano, técnicamente gobernadores responsables ante el sultanato de Estambul, pero en la práctica gobernantes casi por completo independientes. La novela de Munif trata de la lucha por el control de la región entre el más capaz de ellos, Dawud bajá, y el residente británico en Bagdad, Claudius Rich, después de las guerras napoleónicas. A comienzos del siglo XIX, Iraq se encontraba en decadencia económica, desgarrado por revueltas esporádicas en el norte contra el poder central de Bagdad, sometido a las presiones iraníes desde el este y a las incursiones wahabíes desde el sur (Kerbala fue saqueada en 1801), y objeto de los designios británicos, que lo deseaban como estación de paso hacia la India. En Egipto, por el contrario, el gran comandante militar y administrador Muhammad Alí (1804-1845) –de origen albanés– se había dispuesto a construir un Estado moderno, capaz de enfrentarse a los designios europeos y otomanos, y a su debido tiempo aplastar también las pretensiones wahabíes en Arabia.

Una generación más joven, la notable figura de Dawud bajá constituía un homólogo más cultivado y civil, un erudito de amplias lecturas que pasó años estudiando con el eminente Yailani, pero que resultó ser un político magistral cuando subió al poder en Bagdad²⁴. Tras una breve introducción, la novela empieza cuando Dawud, ahora instalado como gobernador, se embarca en un programa de reformas para construir un Estado moderno capaz de resistir las maniobras británicas en Iraq, que estaban preparando el terreno para su colonización. Influido por el ejemplo de Muhammad Alí, pero muy consciente de que las gentes de Ard al Sawad eran por razones históricas, culturales y geográficas muy distintas de los egipcios –formando un complejo mosaico de grupos étnicos, religiosos y tribales discordantes, modelados por un duro clima continental y las impredecibles inundaciones–, se dispone a unificar el país, enviando a su comandante jenízaro, Sayid Ulaywi, a controlar el norte y reprimir las continuas luchas entre tribus vecinas que habían ido agotando los recursos de la región. Desarrolla la industria y la agricultura, moderniza la educación y promueve el comercio, convirtiendo a Iraq durante ese tiempo en un depósito comercial en el que se distribuían ampliamente los productos europeos e indios: en este periodo, la población de Bagdad se duplicó.

Contra Dawud se presenta a Claudius Rich, prototipo de una larga línea de extravagantes aventureros coloniales –entre ellos Lawrence, Henry McMahon, Percy Cox, Philby, Blubb y Gertrude Bell– fundamentales para fijar el control imperial británico sobre el mundo árabe. Jactándose de dominar el árabe, el persa y el turco desde que era niño en Bristol, Rich

²⁴ Dawud bajá (ca. 1774-1850), que llegó a Bagdad como niño esclavo georgiano a los diez años, gobernó Iraq entre 1817 y 1831. Posteriormente pasó a gobernar Bosnia (1833-1835) y Ankara (1839-1840) antes de terminar como guardián del templo de Medina (1840-1850), donde murió y fue enterrado.

fue contratado por la East India Company a los diecisiete años, y pasó tres viajando por Egipto, Siria, Palestina y Turquía antes de dirigirse a Bombay, donde se casó con la hija del gobernador británico, que lo nombró residente en Bagdad con sólo veintiún años²⁵. Desembarcó con su esposa en Basora en 1808, y durante los nueve años siguientes alcanzó una posición de formidable poder desde su base en la Residencia de Bagdad. Al contrario que a Dawud, a Rich nunca le gustó Iraq ni su gente. Lo que principalmente le interesaba de la región era ponerla bajo el control del Imperio británico, como mercado para las mercancías y las concesiones británicas y –como actividad más personal– para amasar la mayor colección posible de sus antigüedades (monedas, gemas, tablas, códices) y enviarlas a Gran Bretaña. En estos años de gobernadores débiles y condiciones a menudo caóticas, hizo muchos amigos y aliados en los círculos políticos de Bagdad y Estambul, por no hablar de empleados y espías de las minorías judía y cristiana en Iraq, lo cual le permitió controlar a los cargos religiosos locales o incluso nombrarlos y retirarlos subrepticamente.

Entonces y ahora

Con la llegada de Dawud bajá, sin embargo, Rich encontró un contrincante a su altura: un líder con un proyecto histórico y político, poco dispuesto a ser eclipsado por cualquiera. El choque entre ellos era inevitable, y la novela da vida a ambos personajes mediante su gráfica narración de los planes y contraplanes que cada uno lanzó contra el otro. El retrato que Munif hace del inglés es la representación más plenamente desarrollada y más vigorosamente realizada de un aventurero colonial en la literatura árabe contemporánea. Rich es producto de la estimulante oleada de imperialismo que fomentó el apetito británico por el mundo árabe tras la expedición napoleónica a Egipto. La exagerada percepción de sí mismo y del poder del país al que representa, su desdén «orientalista» por los árabes y la exagerada afirmación de su fluidez lingüística, sus intrigas clandestinas y sus procesiones ostentosas por Bagdad, se despliegan ante nosotros. Midiendo su juventud y sus habilidades en el arte británico del divide y vencerás contra la larga experiencia del bajá, usa todas las armas que tiene a su disposición para hacer caer a Dawud, desde la prostitución al chantaje económico, desde imponer tres sitios a Basora hasta crear escaseces de alimentos y sobornar al principal oficial militar del gobernador, Sayid Ulaywi.

²⁵ Existe una biografía suya, escrita por su sobrina nieta, Constance Alexander, *Bagdad in Bygone Days. From the Journals and Correspondence of Claudius Rich, Traveller, Artist, Linguist, Antiquary and British Resident at Bagdad, 1808-1821*, Londres, 1928. La novela de Munif, que se basa en una profunda investigación histórica, plantea dudas sobre la extensión de los conocimientos lingüísticos de Rich: los dos traductores que empleaba desempeñan papeles importantes en el relato.

Tercer personaje histórico de la novela, este comandante representa una figura trágica. Tras ganar muchas batallas al servicio de Dawud, desarrolla su propia base de poder en el norte, gracias al dinero inglés y al respaldo iraní, pero la arrogancia hace que se exceda en su ambición, conspirando con Rich contra el bajá en 1818. Finalmente detenido y juzgado por traición, es condenado a muerte. Con la ejecución de Ulaywi, los planes del residente se vienen finalmente abajo. Expulsado de Bagdad, en sus últimos meses Rich sigue rondando el objeto del deseo perdido, antes de que la desesperación se apodere de él y sucumba a una epidemia en Shiraz²⁶.

Este drama político, sin embargo, nunca se presenta aislado de la vida popular del momento, cuya descripción da a la novela su especial textura y brío. Muchos de los personajes ordinarios del relato son tan vivos y perfeccionados como los protagonistas históricos principales: los asiduos del café Al Shat, el cantante del sur Tamir al Mayul, que se convierte en intérprete privado de Sayid Ulaywi, la madama judía Ruyaina y su grupo de chicas, o el sencillo Badri, que asciende hasta convertirse en asistente militar del bajá. La lucha por el poder en la cumbre no es completamente posible sin la implicación de tantas personas comunes, atrapadas en cada paso de su desarrollo. Vemos el generalizado impacto de las reformas de Dawud en la vida diaria a través de los clientes del café Al Shatt, así como de la carrera de Badri, que es beneficiario directo de ellas antes de caer víctima del conflicto de Ulaywi con el bajá. Su amor por Naimá, una de las chicas de Ruyaina, y su matrimonio fallido con Zabiya, que conduce mediante un magistral giro del relato a la muerte del soldado, nos llevan al paisaje interior de la existencia popular en Bagdad. Alrededor de ella se extiende una vibrante reconstrucción de la vida en la ciudad, con sus calles, cafés, burdeles, mercados, oficinas, festividades, espacio doméstico y centros de poder rivales en el bajalato y la Residencia. La interacción entre este mundo inferior recreado con afecto y las duras exigencias de la lucha de arriba es uno de los mayores logros de Munif. *Ard al Sawad* es con creces la mejor novela árabe sobre Iraq. Su publicación, el último año del siglo pasado, supuso una conclusión adecuada para la carrera de Munif como novelista.

Pero no fue su última palabra como escritor. En 2000, poco después de que se publicara la novela, Munif declaró en una entrevista: «El actual sufrimiento del pueblo iraquí podría conmover a las piedras. Es un sufrimiento que, aparte de su crueldad y su injusticia, da un indicio de las edades oscuras que estamos viviendo, en las que una superpotencia ciega intenta imponer su hegemonía sobre el resto del mundo. Esto merece la oposición de todo el mundo». Su propia contribución fue un estudio sobre Iraq desde la ocupación británica de 1917 hasta la ocupación angloestadouni-

²⁶ Véanse *ibidem*, pp. 263-292, y los propios informes de Rich sobre sus viajes a Kurdistán y Persépolis.

dense de 2003, *Notas sobre la historia y la resistencia*²⁷. En ella, Munif recuerda el gran levantamiento contra el Reino Unido acaecido en 1920 y acaba con las infamias de Estados Unidos y sus retornados colaboradores –«la oposición más ignominiosa y vergonzosa del mundo, una colección de quioscos que venden mentiras e ilusiones»– mientras se encendía contra ellos otra resistencia.

²⁷ Abd al Rahman MUNIF, *Al-Iraq: Hawamish al Tarikh wa-l-Muqa wamah*, Casablanca, 2004.